

Cuadernillos de Poesía Colombiana

22

Antonio Gómez Restrepo

Ediciones de la Revista ***“Universidad Católica Bolivariana”***

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Decir en mal pergeñadas frases y pésimo romance la gloria del más claro escritor y alto lírico de nuestro tiempo, sería una temeridad, si antes que esto no intentásemos despertar la curiosidad para un estudio posterior, porque pocas cosas serían de tanto mérito como un estudio que definiera la múltiple obra de Don Antonio Gómez Restrepo. Vería, entonces, el ojo avisado del crítico la supremacía de la obra y los matices numerosos de este gran lírico, olvidado o mejor ignorado, bajo la mole desconcertante de sus conocimientos universales, porque a él puede aplicarse aquello que su pluma escribió de nuestro Caldas: "Su extraordinario renombre que lo ha acreditado como el "sabio" por antonomasia, (nosotros diríamos como el crítico) ha perjudicado su fama de escritor (léase de poeta) por ese criterio unilateral con que la humanidad suele caracterizar a los hombres superiores por uno solo de los múltiples aspectos que ofrece su actividad".

La sicología poética de don Antonio Gómez Restrepo es la más completa de cuantas se conocen por estas latitudes. No influida por la funeral inspiración indígena, ni por el gris sabanero, da la mejor producción de la época. Adviértese el avance rítmico en la pausada armonía de las estrofas nacidas al calor del sentimiento hispano, de los héroes latinos, de los motivos griegos, de los caminos del mundo y de las zonas profundas del alma. Para sentir la mayor parte de la poesía de Gómez Restrepo es necesario saber de los más puros sentimientos humanos, de los mejores recuerdos históricos, de las perfectas adquisiciones artísticas y no olvidar el grave, armónico y dulce cantar de Homeros y Píndaros, de Horacios y Virgilios, de Luises y Teresas. La perpetua belleza de su obra reside en la magnífica conjugación de lo humano con lo divino, y de lo efímero con lo perdurable. Asomarse a su obra es comprender el sentido de sus perfecciones poéticas: es encontrar reunidas en uno solo los atributos del clásico y del moderno, del romántico y del parnasiano, del buscador de motivos viejos y el creador de nuevas formas. Clásico por la ajustada armonía de corazón y entendimiento, por lo impecable de sus poemas y por la libre y diáfana interpretación de los autores príncipes; romántico por la imperiosa necesidad de su ser, por la altura lírica de la mayor parte de sus composiciones, que si admiten par en la literatura de América, no conocen superior; parnasiano por la prolija preciosidad de su obra, que valora lo an-

tigo esclareciéndolo con nuevos matices, por los temas que mejor no los hubo de escoger el príncipe de ellos, y por la extraña armonía de los ritmos; moderno por la valorización íntegra de la musicalidad del poema, que lo hace el más cadencioso de los líricos colombianos, según confesión de autorizados críticos extranjeros, como también por la superación del símbolo sobre cualquier otra figura. Mas no está aquí solamente lo incomparable de su obra y de su personalidad; el paisaje es el fondo necesario de aquélla y él pone uno nuevo que no es el de Italia o la Sabana, el de Madrid o el Valle, sino su propio panorama, su horizonte lírico, el de su alma, el que puede enmarcar cualquier estado anímico semejante al del poeta, lontananzas y colores que no serían extraños en ninguno de los países del mundo, algo que es familiar a todos cuantos sienten la necesidad de amar, de comprender por qué se marchitan las flores y se deshacen las nubes. La poesía de Gómez Restrepo es poesía cargada de esencias, embrujada por los sueños, esclarecida por el amor y prosperada por la gloria. Tiene la virtud de ser la poesía que todos anhelamos, la que corresponde a nuestros hondos conflictos; de ella dice don Rufino que "no es mucho pues que halle uno cierto desahogo al leer versos que lo vuelvan a la juventud y le hagan sentir lo que todos sienten, o a lo menos como todos anhelaran haber sentido" diciendo con ello la mejor alabanza que de poesía alguna pueda decirse.

Su obra poética sobre ser vasta es de una incomparable densidad creadora y humana. Aun aquellas composiciones que el mismo autor llama "de carácter fugitivo", están henchidas de sentimientos y son ricas en figuras perdurables. Añádase a lo dicho la fuerza peculiar que en los poemas de don Antonio tiene el amor y así comprenderemos por qué es su poesía acertada explicación de lo infinito.

Quién pudiera descomponer su honda capacidad poética y señalar la gama esplendorosa de su inspiración, mostrándolo maestro en la ajustada expresión del pensamiento, lírico en los arrebatados cantos de su espíritu, traductor en la noble versión de la obra, cuando no vence al original, sin desdeñar lo melifluido de algunos himnos que llenan nuestras iglesias.

De aquella gloriosa generación que hizo de Colombia la mejor lectora de griegos y romanos, que dió al idioma de Castilla su mejor filólogo y compañeros de Cervantes en clásicos y graves autores, no nos queda sino éste. A él fautor en gran manera y testigo excepcional de nuestro abolengo literario; a él que dió lo mejor de su espíritu para salvar el decoro de las letras nacionales; a él considerado por los pueblos americanos como símbolo y lazo de unión de nuestras glorias, digamos la excelencia de su linaje poético, antes que el tiempo nos haga llorar la caída de este "veterrima laurus" que vigilante es de nuestros triunfos.

JOAQUIN PEREZ VILLA



TU MIRADA

Ojos hay soñadores y profundos
que nos abren lejanas perspectivas;
ojos cuyas miradas pensativas
nos llevan a otros cielos y otros mundos.

Ojos, como el pesar, meditabundos,
en cuyo fondo gris vagan esquivas
bandadas de ilusiones fugitivas,
como en el mar alciones errabundos.

Ojos hay que las penas embellecen
y dan el filtro de celeste olvido
a los que al peso de su cruz fallecen.

Ojos tan dulces como el bien que ha sido,
y que en su etérea vaguedad parecen
astros salvados del Edén perdido.

A UNA BELLEZA CLASICA

El hechizo al mirar de tu figura,
obra insigne de amor, quién no anhelara
fijarla en lienzo o bloque de Carrara
y eterna hacer tu frágil hermosura?

Diera a Ticiano espasmos de ventura
el óvalo perfecto de tu cara;
Canova en tus contornos estudiara
las suaves líneas de su Venus pura.

Y ante los ojos del pintor de Urbino
fuera trasunto de la excelsa idea
que él vió, cercada de fulgor divino;

fuera tú su triunfante Galatea,
símbolo del eterno femenino
que la tierra y los cielos señorea.

CONSTANCIA

Pasan los años y mi amor perdura,
y antes al paso de los años crece;
el mágico recuerdo lo embellece,
y la dicha que fue, dichas augura.

El cerrado jardín de tu ternura
en primavera perennal florece;
y en su recinto mi alma se adormece
y los encantos del Edénapura.

Lejos escucho el rebramar del mundo,
la lucha de intereses y rencores,
de la pasión la indómita avenida.

Y yo a tu lado en éxtasis profundo,
siento trinar celestes ruseñores,
oigo cantar la fuente de la vida.

LA SOLEDAD

Oh soledad, mi eterna compañera,
no elegida por mí! Quiso el destino
dejarme solitario en el camino,
sin una estrella a dó mirar siquiera.

Fue mi sueño el hogar, la placentera
comunión de dos almas, el divino
idilio siempre nuevo, el pan y el vino,
emblema santo de la paz sincera.

Todo lo tuve: concedióme el cielo
unirme a un ángel en estrecho lazo;
siendo ella todo amor, fue mujer fuerte;

murió, y el mundo se cubrió de duelo;
quedé sin luz.... Oh soledad! te abrazo
como preparación para la muerte.

EL GRECO

Tiene la melancólica grandeza
de las grises llanuras de Castilla;
la luz siniestra que en sus cielos brilla
baña la tierra en mística tristeza.

De la ascética vida la aspereza
en sus enjutos cuerpos maravilla;
y sus rostros, que encuadra la golilla,
modelo son de trágica belleza.

Fue un espíritu inquieto y tormentoso;
como el ambiente de Toledo, huracán;
explorador del mundo del misterio,

que en sus bruscos desmanes de coloso
rindió tributo al numen de lo extraño
y compartió con Góngora el imperio.

CORREGGIO

Es tu imperio la luz; brilla dorada
sobre los blancos cuerpos de tus diosas,
que no fueron más nobles, más hermosas
del griego Olimpo en la mansión sagrada;

aviva, con su tinta nacarada,
la opacidad inerte de las cosas;
y aun presta transparencias misteriosas
a las sombras do llega su mirada.

Genio dichoso! En tu taller lograste
la visión de la plástica belleza,
serena, entre celestes resplandores;

y en tus eternos lienzos reflejaste
esa visión en su inicial pureza,
sin lucha, sin esfuerzos, sin dolores.

LA GIOCONDA

En vano el tiempo te maltrata, en vano
ajar quiere la flor de tu hermosura;
tu sonrisa enigmática perdura,
señuelo eterno al corazón humano.

Aun nos fascina el óvalo liviano
de tu rostro gentil, de amor hechura;
aun tu mirada penetrante y pura
de tu alma vela el tentador arcano.

Reinas, aunque mujer, entre las diosas,
por la gracia sutil, por el oculto
hechizo de tus líneas armoniosas;

y cruzadas las manos inectivas,
del pecho soñador recibes culto
y la plebeya admiración esquivas.

BEATO ANGELICO

Angel de luz, en tu sin par Florencia
como aurora del arte amaneciste,
y a un siglo férreo venerar hiciste
el genio en el candor de la inocencia.

Tras horas de callada penitencia
que hizo un santuario de tu celda triste,
quizá, cual suma recompensa, viste
algún trasluz de la divina esencia.

De beldades angélicas el coro
llegó hasta tí, sus vestes desplegando
de ricos tintes sobre el fondo de oro;

y escuchaste tal vez en tu embeleso
del de Sión el ritmo blando,
como rumor de inmaculado beso.

(De Rudyard Kipling)

Si cuando todo está perdido
puedes el alma levantar,
y aunque los tuyos te denigren
no haces caso de su maldad;

si cuando todos de tí duden
puedes en tí mismo esperar,
sin que la espera te fatigue
ni enflaquezca tu voluntad;

si a la calumnia no respondes,
si te odian y no aprendes a odiar;
si no haces gala de tu ciencia
ni ostentación de tu bondad;

si sueñas y no te dejas
de tus ensueños dominar;
si piensas, mas no consientes
que te esclavice tu pensar;

si ni el triunfo ni la derrota
turban tu serenidad
y a esos dos grandes impostores
los contemplas con rostro igual;

si a los histriones de la plebe
puedes, tranquilo, tolerar
que conviertan en torpe engaño
el esplendor de tu verdad;

si las obras que más amaste
ves derribadas sin piedad,
y tratas con rotos fragmentos
de reconstruir tu ideal;

si de todos tus grandes triunfos
puedes, sereno, hacer un haz,
para aventurarlo sin miedo
a un solo golpe del azar;



si pierdes y no te lamentas;
si cuando sientes caducar
tus nervios y tu cerebro,
firmes! les grita la voluntad;

si hablas con las multitudes
sin desmentir tu dignidad,
y puedes tratar con los reyes
sin creerte de estirpe real;

si ni amigos ni detractores
rompen tu ecuanimidad,
y aunque todos contigo cuenten,
nadie te logra cautivar;

si sesenta segundos de avance
te bastaren para saldar
en el balance de tus días
el minuto implacable y fatal,

cuando a eso llegues y eso alcances,
tuyo el mundo entero será:
y lograrás algo más grande:
hijo mío, un hombre serás!

AMOR Y GLORIA

(De Víctor Hugo)

Cuando me hablas, oh amada! de la gloria
triste mi alma suspira:
es una sombra vana e ilusoria,
una dulce mentira.

Dura un punto la gloria y se derrumba,
y la envidia insaciada
hasta el umbral de la sagrada tumba
persigue al genio, airada.

El ufano poder envanecido
deshecho al polvo rueda:
sólo el amor, cuando fortuna ha huído,
para aliviarnos queda.

No quiero más para colmar mi anhelo
que aves y blanda brisa,
la luz indeficiente allá en el cielo,
junto a mí tu sonrisa.

Ora la suerte sin piedad me abruma,
ora me halague pía,
bástame, oh flor hermosa, tu perfume,
tu luz, oh estrella mía!

En el vivo fulgor de tu mirada
todo un mundo chispea,
mas de ese mundo mi alma enamorada
sólo el amor desea.

Mi pensamiento a señorear bastara
la inmensurable esfera;
mas si tu amante corazón llenara,
qué más ansiar pudiera?

Con tu canto armonioso me levantas
en vuelo soberano,
y miro con desdén ante mis plantas
pasar el vulgo vano.

Para turbar de mi pasión dichosa
el éxtasis ferviente,
de vates la falange luminosa
desfila ante mi mente.

Mas en vano del triunfo la alta pompa
a mi ambición ofrece;
prefiero al son de la sonora trompa
tu voz, que me adormece.

Aunque la gloria al cielo me elevara,
yo, señora, quisiera
que parte de mi ser aquí quedara
y amándote viviera.

Deja que admire tu celeste encanto
en medio a mi amargura,
que del dolor bajo el oscuro manto
más bello amor fulgura.

Angel que animas tus celestes galas
con tus ardientes ojos:
levanta mi alma en tus ligeras alas
y deja ante tus plantas mis despojos.

EL SABADO DE LA ALDEA

(De Giacomo Leopardi)

A la puesta del sol, la alegre niña
torna de la campiña
con su haz de yerba y el florido ramo
en que lucen al par violeta y rosa,
y que inocente apresta
para adornar gozosa
pecho y cabellos al llegar la fiesta.
A par con la vecina
siéntase a hilar en el umbral la anciana
volviendo el rostro al astro que declina,
y se transporta a la estación lejana
cuando, aun fresca doncella,
danzaba al terminarse la semana
con sus amigas de la edad más bella.
El aire se oscurece,
se matizan de azul los horizontes,
y descienden las sombras de los montes
cuando la luna cándida aparece.
La torre de la villa
la fiesta anuncia, y sus alegres sonos
bajan a confortar los corazones.
Sobre la plaza la vivaz cuadrilla
de rapaces gritando
y aquí y allá saltando,

alza rumor que anima y alboroz,
mientras silbando el labrador regresa,
y sentado a su mesa,
con el descanso que prevé, se goza.

Cuando el silencio con la sombra crece
y toda luz fenece,
oigo el martillo que tenaz golpea
en el taller do el oficial se afana
por dejar terminada la tarea
antes de que despunte la mañana.

Este es de la semana
el más hermoso y el postrero día.
Mañana tornarán fastidio y pena,
y a la habitual faena
cada cual volverá como solía.
Jovencillo gracioso!
tu dulce edad florida
es como un día de alborozo lleno,
día claro y sereno,
que precede a la fiesta de tu vida.
Goza, gózalo pues! Edad de flores,
suave estación es esta;
nada más te diré; pero no llores
si se retarda tu anhelada fiesta.

AMOR Y MUERTE

(De Giacomo Leopardi)

**El que los dioses aman
muere joven. (Menandro).**

A un tiempo, hermanos, engendro la suerte
al amor y a la muerte;
nunca cosas más bellas

ostentaron el mundo y las estrellas.
Del uno el bien procede
y el placer más profundo
que en el mar del vivir hallarse puede;
la otra toda dolencia
y mal acerbo cura;
niña de gentilísima hermosura,
no cual la pinta la cobarde gente,
al pequeñuelo amor protege y guía
y recorren al par la humana vía,
sumo consuelo al corazón prudente.
Que nunca ha sido el corazón tan sabio
como herido de amor; ni más valiente
menospreció la vida,
ni por otro señor tan pronto estuvo
el peligro a arrostrar, como por este;
a quien amor le preste
su poderosa ayuda,
siente en el pecho desusado arroyo
nacer o revivir súbitamente,
y sabia, no en palabras, en acciones
brilla la humana mente.

Cuando por vez primera
nace del corazón en lo profundo
de amor el ansia fuerte,
lánguido se despierta al tiempo mismo
un anhelo inefable de la muerte.
Cómo? no sé; mas de pasión sincera
y viva, es este la impresión primera.
Quizás causa pavora
al hombre este desierto e imagina
la tierra inhabitable, sin aquella
nueva, infinita y sola
felicidad que iluso se figura;
y presintiendo el corazón por ella
deshecha tempestad, calma apetece
y al puerto se guarece,
de la pasión alborotada huyendo
que en derredor de sí mira rugiendo.

Luego, cuando el terrible
poder todo lo envuelve
y oprime el corazón duelo punzante,
cuántas veces llamada

con anhelo infinito,
eres, oh muerte, por el triste amante!
De noche, o a la aurora, cuántas veces
el cuerpo reclinando por costumbre,
dichoso se juzgara
si del lecho jamás se levantara
ni volviera a mirar la aciaga lumbre!
Y de campana lúgubre el tañido,
y al canto que conduce
al que ha finado al sempiterno olvido,
con suspiros del íntimo del alma
envidió a aquel que entre los muertos iba!

Aun la olvidada plebe
y el labriego ignorante
de la virtud que del saber deriva,
aun la doncella tímida y esquiva,
que al pensamiento de morir sintiera
erizarse de horror su cabellera,
osan la tumba, el fúnebre sudario
mirar con rostro de firmeza lleno;
osan hierro y veneno
preparar largamente,
y su rústica mente
del morir los encantos adivina.
Tanto a la muerte inclina
el poder del amor! Y muchas veces
a tanto llega el malestar interno,
que no puede sufrirlo fuerza humana,
y cae el cuerpo inerte
a los golpes rendido; y de este modo
de su hermano a la acción triunfa la muerte;
o tanto amor al corazón hostiga,
que por sí mismo el infeliz villano
y la tierna doncella
con atrevida mano
lanzan sus miembros sobre el duro suelo;
ríe al suceso el mundo,
a quien vejez y paz otorgue el cielo.

A las almas fervientes,
a las altivas mentes,
quiera la suerte conceder piadosa
el uno u otro de los dos señores,
de la humana familia protectores,

cuyo influjo divino
del universo en la extensión supera
todo poder, excepto el del destino.
Y tú, a quien ya desde mis tiernos años
honro siempre e invoco,
bella muerte, que sola
tiene piedad de los terrenos daños,
si siempre celebrada
fuiste por mí, si con rendido culto
del vulgo ingrato el atrevido insulto
quise desagruar, ven y apiadada
tiende el oído a desusados ruegos,
y para siempre cierra
mis pupilas, oh reina de la tierra!
Y hallarásme a la hora
que tú las alas hacia mí despliegues,
alta la frente, armado,
y en la lucha con el hado,
sin que la mano vil que se colora
en mi sangre inocente,
obtenga de mis labios alabanza,
como es antigua usanza,
por bajeza sin par entre la gente.

Toda vana esperanza con que el mundo
a modo de los niños se consuela,
todo alivio infecundo
lejos arrojó; en adelante, en nada
quiero, necio, esperar, sino en tí sola,
y me verás sereno
el día en que me aduerma reclinado
en tu virgíneo seno.



LEYENDO A HOMERO

En mi amado retiro
do siento deslizarse blandamente
las raudas horas en incierto giro
como las ondas de olvidada fuente;

allí donde en contorno
los libres vense del recinto frío,
sirviendo al par a la mansión de adorno
y de solaz al pensamiento mío,

“a solas, sin testigo”,
doy libre rienda a mi genial deseo,
y el libro busco, como viejo amigo,
y en su fiel confidencia me recreo.

Como mi mente busca
del arte hermoso en la región serena,
no la embriaguez que la razón ofusca,
no el licor que las almas envenena,

sino la luz sublime
que blandamente al corazón penetra,
que blandamente al espíritu redime
y da oculto sentido a cada letra,

huyo de las ficciones
en que arde impuro de la carne el fuego,
y remontando tiempos y naciones
del arte heleno hasta las cumbres llevo,

y del cantor augusto,
que ciego alumbró incógnitas edades,
las soberanas maravillas gusto
y entre los héroes ando y las deidades.

Oigo el clamor agudo
subir vibrando al ámbito vacío;
choca el acero contra el fuerte escudo,
corre la sangre en impetuoso río;

desde el troyano muro
las esposas contemplan con espanto
crecer siniestro el torbellino oscuro
y al bélico clamor juntan su llanto,

y los ayes venciendo
de los que ruedan por el campo a mils,
pasa veloz, cual huracán horrendo,
el gran carro del invicto Aquiles.

Mas súbito se apaga,
cual fuego fatuo, la sublime escena;
mi mente inquieta, soñarodar y vaga,
desecha la ilusión que la enajena,

y en medio a los despojos,
de fieros dardos bajo recia lluvia,
ven asomar mis fascinados ojos,
llena de amor, tu cabecita rubia.

EL ORGANILLO

Empieza a caer la tarde;
silban las ráfagas; llueve;
son de remotas campanas
en el aire se disuelve.
En la silenciosa calle,
do ningún paso se siente,
un organillo de pronto
los mudos ecos conmueve.
y un ciego, a quien va guiando
una niña triste y débil,
acompaña el organillo
con una canción doliente.

Por qué al pié de mis balcones,
errante músico, vienes
a desgranar esas notas

que como dardos me hieren?
Lloras tu inmensa desgracia,
la negra noche perenne
que pesa sobre tus ojos
y entre sus sombras te envuelve?
Sientes la horrenda nostalgia
del sol, de la luz riente,
de las risueñas campiñas,
de los collados agrestes?
Quisieras en los abismos
de los espacios celestes
dilatando las pupilas,
en dulces sueños mecerte?
Quisieras, sí! Mas el hado
que contra tí se encruelece,
te ata a ese pobre organillo,
como tú caduco y débil.

Cantas, y tus tristes voces
en el espacio se pierden,
pero llegan a mi alma
que tu desgracia comprende.
Yo quedé ciego del alma,
y en mi soledad doliente
no tengo ni un organillo
que mis angustias consuele.
Murióse mi ángel de guarda
—que aquí los ángeles mueren—
Apagóse de mi vida
la apacible luz celeste;
y desde ese hórrido instante
tenaces sombras me envuelven;
y hasta la misma esperanza
plegó sus alas por siempre.
En vano el cielo dilata
su cúpula transparente,
en cuyo azul infinito
de Dios la mirada esplende;
en vano de la campiña
la hosca majestad agreste
habla a mi melancolía
con tácita voz solemne;
en vano la augusta Roma
la maravilla me ofrece

de su cúpula gigante
y sus ruinas imponentes:
nada a conmover alcanza
esa rigidez de muerte
que la emoción paraliza
y el entusiasmo suspende.
Voy andando por el mundo
como una sombra viviente;
la luz inunda mis ojos,
mas a mi alma no desciende.
Prosigue, cantor errante,
de mis dolores intérprete:
con tu doliente armonía,
niriéndome, me estremeces....

Mas de pronto el organillo
calla; la sonata muere,
y sus últimos acordes
en el espacio se pierden.

EL GENERALIFE

Solo queda un escombros en la colina
del árabe palacio del ensueño;
si volviera Boabdil, su antiguo dueño,
juzgara igual a su aflicción tu ruina.

La dulce primavera granadina
no pierde en cambio su verdor risueño:
saltan las fuentes, convidando al sueño,
y flota olor de musgo y de resina.

En este aislado mirador gracioso
¡quién pudiera pasar hora tras hora
en la belleza y el amor soñando;

sin que turbe el letárgico reposo
otra voz que la nota gemidora
con que se estrena el ruiseñor cantando!

EL ESCORIAL

Es la ardiente estación. Ni en valle o cumbre
se halla un refugio bajo sombra grata:
ofendida a la vista, se recata
del rojizo arenal, bañado en lumbre.

Irguiendo su marmórea pesadumbre,
el inmenso edificio se dilata
cubierto por monástica techumbre.

Allí se posa, inmóvil, inactiva,
cual hierático adorno, la cigüeña,
que el trato humano desdeñosa esquivá.

Y en la calma opresora del ambiente,
dijérase que reza, manda y sueña
la pétrea majestad del Rey Prudente.

INMORTALIDAD

Cuando del cielo entre azul profundo
desaparece rápido un cometa,
dirigiendo su curso vagabundo
hacia región secreta,
todos exclaman al seguir su vuelo:
solo de paso a nuestra esfera vino
este viajero incógnito; a otro cielo
lo lleva su destino.

Y cuando deja esta prisión doliente
un ser que Dios enriqueció de dones,
que hizo al acento de su voz ardiente
latir los corazones,

¿pensaréis que por siempre esa existencia
se hundió en el seno inerte de la fosa,
que grandeza, virtud, inteligencia,
todo en ella reposa?

¡Jamás!, antes diréis: en nuestro suelo
es solo el hombre errante peregrino;
a buscar mayor ambiente a su vuelo
lo lleva su destino.



UNA BODA

Que a los pies de la novia rueden haces de rosas,
las de pétalos blancos, las de hojas purpurinas,
las que guardan un pomo de fragancias preciosas
y son el casto símbolo de gracias pudorosas;
pero rueden exentos de punzantes espinas...
¡Que a los pies de la novia rueden haces de rosas!

Que al paso de la novia surjan lirios tempranos
ostentando su clámide de transparente albura,
y besen de su velo los encajes livianos;
que los unos emulen lo terso de sus manos,
los otros, de su cara la fresca donosura...
Que al paso de la novia surjan lirios tempranos;

Que a los pies de la novia broten las esperanzas
que hacen fácil y grata la senda de la vida,
y enlazadas las manos entretejan sus danzas
preludiando ternezas, disipando añoranzas,
y mostrando ya cerca la tierra prometida...
¡Que a los pies de la novia broten las esperanzas!

Que en la faz de la novia brille perenne estrella,
la estrella de do irradian la paz y la alegría;
que las siniestras sombras huyan delante de ella,
como en sus dulces años de niña y de doncella,
y una nueva ventura la aguarde cada día...
¡Que a los pies de la novia brille perenne estrella!

Que realice el destino los sueños del poeta
cuando, con hondo afecto, para tu vida augura
un cielo azul sin nubes, amor que nada inquieta;
que dulce como Ofelia, sentir como Julieta,
vivas bajo el amparo de estrella siempre pura...
¡Que supere el destino los sueños del poeta!